

El lenguaje de la certeza como límite

Carolina Scotto

Sobre la certeza es una colección de notas editada en 1969 que reúne el material escrito por Wittgenstein entre fines de 1949 y abril de 1951. Contiene, por lo tanto, los últimos apuntes (notas manuscritas no corregidas) escritos hasta dos días antes de su muerte. Expresan, para algunos intérpretes, la última versión de su filosofía, entre cuyas peculiaridades destacan la unidad temática que los hace casi únicos en conjunto de su producción¹ y el interés concedido al tratamiento de cuestiones epistemológicas que no habían interesado a Wittgenstein sino lateralmente. La obra contiene, en efecto, una explícita discusión de los problemas clásicos planteados por Descartes en las *Meditaciones*. La relativa autonomía de *Sobre la certeza* ha dado lugar a interpretaciones contrapuestas: mayor especificidad temática y reconocimiento de la importancia de los problemas epistemológicos expresan o bien un progreso o bien una declinación -por razones opuestas- respecto de la filosofía de las *Investigaciones*. Sin dudas este escrito introduce novedades de importancia, pero, como intentaremos mostrar, muchas de sus tesis principales no sólo tienen una clara vinculación con las desarrolladas a partir del *Tractatus* sino que, incluso, sólo se comprenden como una extensión y radicalización de la misma perspectiva semántica para el planteamiento de los problemas filosóficos. Contiene además una visión del lenguaje que amplía la ya expuesta a partir de los escritos de la transición.

Se admite que dos fueron las cuestiones que más intensamente ocuparon al segundo Wittgenstein: problemas de filosofía de la mente y de la psicología y problemas de filosofía de las matemáticas. En sus reflexiones sobre estas materias -centradas en problemas de teoría del significado de las expresiones

psicológicas y del lenguaje matemático- había muchos puntos de contacto con problemas tradicionales de la epistemología. *Sobre la certeza* agrega a éstos los problemas del conocimiento sobre objetos físicos ordinarios y sobre el mundo externo. ¿Cómo es posible conocer lo que está fuera de nosotros? ¿Cómo resolver las dudas escépticas acerca de la existencia del mundo externo? ¿Cómo justificar el conocimiento en verdades ciertas e inmovibles?, son, claramente, las preguntas que se formuló Descartes. Aunque Wittgenstein se abocó a ellas su interés se orientó hacia la clarificación del significado de las expresiones con conceptos epistémicos, perspectiva desde la cual propuso una respuesta diferente a las alternativas escéptica y realista.

Descartes había caracterizado a los enunciados sobre el mundo externo (*res extensa*) como vulnerables a las dudas escépticas, y había fundado su sistema sobre la base de la certeza proporcionada por las proposiciones matemáticas y por las que se refieren a los propios estados mentales, pero había tenido que recurrir a la garantía de un Dios veraz. Descartes había expuesto una forma de escepticismo radical difícil de refutar, al tiempo que no había sido capaz de dar una respuesta satisfactoria al mismo.

Entre los intentos de proporcionar una refutación realista a las dudas radicales del escéptico, G.E. Moore propuso "A Defence of Common Sense" (1925) y "Proof of an External World" (1929). Wittgenstein no menciona a Descartes, pero se refiere explícita y críticamente a las soluciones de Moore a la problemática cartesiana. En estos escritos Moore responde a las dudas escépticas criticando las afirmaciones de los filósofos que contradicen las "verdades" de sentido común (las vulnerables proposiciones sobre objetos físicos y mundo externo) y explica el estatuto epistemológico de las "verdades contingentes" de sentido común. Todo ello en el marco de un análisis de las proposiciones que contienen los conceptos relevantes: duda, conocimiento, certeza, probabilidad, evidencia, verdad.

La "defensa" mooreana consiste en mostrar que los enunciados corrientes que versan sobre objetos materiales, actos conscientes, etc., implican la afirmación de que tales entidades existen. Las negaciones de escépticos e idealistas presuponen la existencia de las entidades que quieren negar. Pero esto implica, según Moore, que el sofisticado filósofo admite en su lenguaje proposiciones contradictorias: las que prefiere como filósofo y las que acepta como hombre común. Moore tiene en mente lenguajes filosóficos como el de

Berkeley, cuyas tesis se enfrentan claramente con el lenguaje común y con “the Common Sense View of the World”. En opinión de Moore, “ todos los filósofos han coincidido sin excepción conmigo en este punto, de suerte que la verdadera divisoria que de ordinario se establece a este respecto discurriría sencillamente entre los filósofos que *sostienen* puntos de vista inconsistentes con aquellos aspectos de la ‘cosmovisión del sentido común’ y los que no incurrían en tamaña inconsistencia” ².

Kripke³ comenta las semejanzas entre los argumentos escépticos de Hume y sobre todo de Berkeley y los de Wittgenstein, las cuales le sirven como un argumento adicional en favor de su interpretación escéptica de la “solución” wittgensteineana. Respecto a Berkeley destaca, precisamente, el conflicto entre su tesis filosófica y las afirmaciones ordinaria, así como la mencionada “inversión del lenguaje corriente que es típica de una posición escéptica. Esta interpretación (basada principalmente en el problema de “seguir una regla” y del “lenguaje privado”) es insostenible por su parcialidad.

Volviendo sobre los argumentos de Moore cabe destacar que su “defensa” presupone aquello mismo que quiere demostrar. Estar cierto de la existencia de objetos materiales ordinarios, hacer aserciones del tipo “Sé que tengo dos manos” no constituye prueba alguna en favor de la existencia de las entidades sobre las cuales el escéptico duda. Expresa, en cambio, una implícita adhesión a la ontología de objetos materiales, la cual no es un “hecho” independiente -ni por lo tanto una evidencia- sino una “teoría”. La cosmovisión de sentido común -de la cual ni escépticos ni idealistas se apartan en contextos prácticos- asume compromisos teóricos y conceptuales, y es, como tal, revisable. Los argumentos de Moore han sido retomados y reformulados por filósofos del “lenguaje ordinario”. Especialmente Malcolm⁴, reinterpretó los argumentos de Moore en términos de una defensa del “lenguaje común”. En su opinión, las disputas entre afirmaciones filosóficas y afirmaciones ordinarias son disputas lingüísticas. Las objeciones escépticas manifiestan una disconformidad con el lenguaje común, y aunque parecen estar referidas a una discrepancia sobre “cuestiones fácticas”, son sólo “afirmaciones lingüísticas disfrazadas”. Las respuestas de Moore, por su parte, tienen igual carácter. Malcolm considera correcta, sin embargo, la posición de Moore por su correcta apelación al uso común de los conceptos relevantes, y especialmente por el recurso a los “casos paradigmáticos” de certezas sobre proposiciones empíricas corrientes.

La objeción que debe responderse es, nuevamente, respecto de la “corrección” de estas proposiciones. Por una parte, se afirma, toda proposición contradictoria con ellas es falsa, pero, por otra, se debe admitir, ellas mismas no son inmunes a la revisión. Buena parte de las proposiciones ordinarias del lenguaje común han sido corregidas o refutadas por el conocimiento de hechos nuevos. Malcolm admite la corregibilidad científica del lenguaje común, basado en la distinción entre *cuestiones de hecho* y *cuestiones de lenguaje*-distinción ciertamente muy problemática de aplicar. Pero, respecto de las proposiciones filosóficas, el punto de partida de Malcolm, -reformulando el de Moore- es “el lenguaje común es lenguaje correcto”⁵. De modo que, o la filosofía restaura el lenguaje común contra el mal uso filosófico, o construye proposiciones paradójales y por ello falsas. La generalidad de planteo, lo problemático del criterio de diferenciación entre cuestiones de hecho y cuestiones lingüísticas, la dificultad de aplicar un patrón de corrección por apelación al “uso común” en el caso de conceptos empleados en función no descriptiva, y, en síntesis, las limitaciones inherentes a una concepción de la filosofía cuya única finalidad es restaurar el lenguaje común, hicieron que la reformulación de Malcolm resultara un caso donde “el remedio es peor que la enfermedad”⁶.

Como veremos, las críticas de Wittgenstein a Moore no se basan en una simple transposición de “sentido común” a “lenguaje común”, ni dependen de criterios rígidos de demarcación. Por su parte, la “incorregibilidad” de las aserciones ordinarias es relativa y no está en relación con su contenido informativo ni con la regularidad de su empleo corriente, sino con su “función lógica”.

El interés que los argumentos de Moore tenían para Wittgenstein es un caso paradigmático de su opinión de que ciertas tesis filosóficas expresan ‘verdades’ de una enorme importancia *si son convenientemente interpretadas* (“Así, uno podría conceder que Moore tenía razón, si es interpretado de este modo...”⁷; “...la seguridad de Moore respecto de que sabe...no nos interesa. Sin embargo, las proposiciones que Moore proporciona como ejemplos de dichas verdades conocidas son, por cierto, interesantes”⁸). Las opiniones de Moore acerca de lo que se puede saber y estar cierto no son interpretadas por Wittgenstein como carentes de valor filosófico en el sentido en que la mayor parte de las aserciones de “sentido común” que Moore decía saber contra el escéptico no expresan, propiamente hablando, ningún saber. Moore interpretaba erróneamente lo que

denominaba “evidencia” en favor de la verdad de estas proposiciones, igualmente el tomarlas como “prueba” en favor de la existencia del “mundo externo” y, finalmente, el considerarlas como “verdades contingentes” (las de “sentido común” y las filosóficas implicadas por ellas).

Como se verá, muchos de los argumentos de Wittgenstein contra Moore son del mismo tipo que los propuestos para el lenguaje de las sensaciones y estados mentales internos. Las proposiciones del “lenguaje fenomenológico” que parecen expresar aquello que tenemos por evidentemente cierto y mejor conocido -la certeza cartesiana sobre el *cogito*- no expresan conocimiento alguno. Frente al solipsista del *Tractatus* y frente al “lingüista privado” de las *Investigaciones*, Wittgenstein dirá lo mismo que frente al escéptico de *Sobre la certeza*: todos dicen algo que no pueden decir. Ya en la obra juvenil había señalado que el escepticismo no es irrefutable sino evidentemente sin-sentido, puesto que pretende dudar allí donde no cabe hacer pregunta alguna (6.51). También había señalado que el idealismo llevado hasta sus últimas consecuencias, coincide con el realismo estricto (5.64). Las afirmaciones con las cuales Moore quiere responder a las objeciones escépticas no expresan un *saber* sino una *comprensión lógica* (*logische Einsicht*) y “sólo el realismo no puede ser comprobado mediante ello”⁹.

Un conjunto amplio de proposiciones sobre objetos materiales, sobre eventos pasados, sobre el propio cuerpo, etc., tienen “la forma de proposiciones empíricas” pero en realidad no lo son. Wittgenstein sostiene que no usamos estas expresiones *porque* estemos convencidos de la veracidad de su contenido -por ejemplo, no afirmamos “tengo dos manos” sólo después de consultar el testimonio de nuestros sentidos (excepto en circunstancias excepcionales). Idéntica conclusión puede extraerse si se reconstruye el modo como aprendemos estos conceptos: “Quisiera decir, que el niño aprende a reaccionar (*reagieren*) de tal o cual modo; y al reaccionar así, nada sabe por ello. El saber sólo comienza en una fase más tardía”¹⁰. Para esclarecer el significado de las expresiones es necesario comprender cómo se enseñan y aprenden a usar: “¿Estoy haciendo psicología infantil? -Tan sólo trato de poner en relación el concepto de enseñar y el concepto de significado”¹¹. Entonces “enseñarle a alguien desde el principio “esto parece rojo” no tiene ningún sentido. Eso debe decirlo espontáneamente una vez que haya aprendido lo que significa la palabra “rojo”, es decir, la técnica de usar esta palabra”¹². Y más claramente: “Los niños no aprenden que los

libros existen, los sillones existen, etcétera, etcétera. Más tarde, por supuesto, surgen las preguntas acerca de la existencia de las cosas...”¹³. En cierto sentido estas cosas no se “aprenden” sino que se “adquieren” o “reciben” (*aufnehmen*)¹⁴, o como dice Kenny, los niños “las tragan, por así decir, con lo que aprenden.”¹⁵.

Respecto de la “evidencia” de Moore, Wittgenstein la caracteriza como “aceptación” (*Anerkennung*, § 378; *Annahme*, § 196)¹⁶, destacando que la “certeza” de las proposiciones ordinarias depende de nuestra “actitud” (*Einstellung*), § 404): no son ciertas porque la evidencia sea segura sino porque las consideramos “firmes” y “seguras”. Podemos dar “razones” de esa aceptación sólo hasta un cierto punto (no es posible llevar la búsqueda al infinito). Ciertas proposiciones no son aceptadas, entonces, por “evidencia” o “razón” de algún tipo, aunque sí sirven de apoyo a otras. Estas certezas, a su vez, no forman un conjunto de proposiciones independientes entre sí, ni tampoco un conjunto descriptible exhaustivamente. Las certezas forman un “sistema” o “estructura” cuya solidez es relativa -las proposiciones que “están firmes” pueden convertirse en “proposiciones empíricas”- pero que no es posible poner en duda como un todo. Finalmente las certezas son “seguridades” (*Sicherheiten*) prácticas, no opiniones firmes o convicciones subjetivas. Antes de avanzar en esto puntos centrales de la argumentación wittgensteineana, consideremos el análisis acerca de la prueba mooreana del “mundo externo”.

Los ejemplos que toma Wittgenstein están referidos a proposiciones que afirman que la tierra ha existido durante un buen número de años (o “que la tierra estaba ahí antes de mi nacimiento”, § 233), que los hombres tienen antepasados (§ 211) o que los hombres han nacido de sus padres, que ciudades, montañas y ríos existen tal como lo consignan los libros de geografía (§ 234), que Napoleón existió tal como lo relatan los libros de historia (§ 185), que los objetos materiales, tales como mesas, sillas o casas “no desaparecen repentinamente”, etc. Moore sostenía que estas proposiciones prueban la existencia de los “objetos materiales” y del “mundo externo”, conceptos filosóficos que están en continuidad con los ordinarios. Pero “objeto material” y “mundo externo” son conceptos presupuestos en el plantamiento mismo del problema que intenta resolver Moore, de modo que el problema está ya resuelto antes que pueda ser planteado. Estos y otros conceptos que hemos adquirido presuponen la existencia del “mundo externo”, en el sentido de algo que está en la base del lenguaje mismo, y que no puede ser puesto en duda ni probado con el lenguaje. La

proposición filosófica “Hay objetos físicos” es un *sin-sentido* (*Unsinn*) (§ 37). En el *Tractatus* “objeto físico” era un “concepto lógico”. Luego, en las *Bemerkungen*, lo expresaba así: “Contaría como perteneciente al *lenguaje* todo hecho del cual el sentido de una proposición presupone la existencia” (§ 45). “Perteneciente al lenguaje” quiere decir “perteneciente a la gramática del lenguaje”, es decir, a “la esencia del lenguaje”. Y “la esencia del lenguaje es una imagen de la esencia del mundo; ...la filosofía, en tanto administradora de la gramática, puede efectivamente captar la esencia del mundo, no, sin dudas, en proposiciones del lenguaje, sino en las reglas de ese lenguaje que excluyen las combinaciones de signos sin-sentido” (*Ibid.*, § 54). Finalmente, en las *Investigaciones*: “La *esencia* se expresa en la gramática” (§ 371), es decir: “Qué clase de objeto es algo, lo dice la gramática” (§ 373). Entonces “Hay objetos físicos” o “El mundo exterior existe” son combinaciones de signos sin-sentido porque intentan *decir* algo con el lenguaje, algo que se *muestra* o está presupuesto en el lenguaje.

Wittgenstein se pregunta: “¿Pero es una respuesta adecuada al escepticismo del idealista o a las convicciones del realista, decir que “Hay objetos físicos” es un sin-sentido? Para ellos, después de todo, no es un sin-sentido. Sin embargo, sería una respuesta decir: esta aserción o su opuesta, es un intento fallido de expresar lo que no puede ser expresado de este modo” (§ 37). El “modo” en cuestión está caracterizado por la “intención filosófica” (*philosophische Absicht*): “Pues cuando Moore dice “Sé que eso es...” quiero replicar “¡no sabes nada!”, y sin embargo, no le diría eso a quien estuviera hablando sin intención filosófica” (§ 407). Moore no necesita defender el estatuto epistemológico de estas “seguridades” diciendo que son “verdades”, puesto que no necesitan defensa alguna en el contexto de las conductas y prácticas donde funcionan precisamente como seguridades.

Respecto de una “defensa” ante las dudas escépticas, las “verdades” de Moore no pueden incidir: las afirmaciones paradójales “carecen de consecuencias”. La duda radical es especulativa (Descartes así lo creía, aunque no por ello la consideraba ilusoria) y “privada”. Es, en este sentido, la “ilusión” (*Täuschung*, § 19) de una duda y no una duda real. En *Zettel* Wittgenstein se pregunta lo que ocurriría si un idealista y un realista convencidos intentaran dar a sus hijos una educación conforme a sus convicciones. La única ocasión en que esta diferencia podría exteriorizarse sería ante quienes profesen creencias

opuestas. “Si alguien no cree en las hadas, no necesita enseñar a sus hijos ‘las hadas no existen’; sino que simplemente puede prescindir de enseñarles la palabra “hada”. ¿En qué ocasión deberán decir “existe...” o “no existe...”? Sólo cuando se encuentran con personas de creencias opuestas...” (§ 413). “¿No será tal diferencia únicamente la del grito de batalla?” (§ 414). Entonces, “hay objetos físicos” es una “proposición lógica” porque es parte constitutiva o “esencial” del “juego de lenguaje” con objetos físicos, y como “regla” es un “fragmento de instrucción” (§ 36) en ese juego para quienes están aprendiendo el empleo del concepto en proposiciones como “A es un objeto físico”. Así se comprende que “la *esencia* se expresa en la gramática”.

En *Sobre la certeza* los sin-sentidos de escépticos y realistas son caracterizados con diversas expresiones, a través de las cuales se muestran los criterios que distinguen sentido de sin-sentido. Decir que las certezas son verdades seguras -como quiere Moore- es hacer una “afirmación gratuita” o “pretenciosa”: “Las afirmaciones gratuitas (*Prätensionen*) son una hipoteca que grava la capacidad del filósofo para pensar” (§ 549). El uso que hace Moore de “Yo sé...” es “abusivo”. Este “abuso” (*Missbrauch*) revela un “importante estado mental” (§ 6). Igualmente se refiere a estas construcciones como “superfluas” (*überflüssig*) (§ 461). Por su parte, la duda radical del escéptico o la afirmación paradójica del idealista, en la medida en que no introduce diferencia alguna en la práctica, es una “suposición ociosa” (*müssig Annahme*): “Nada se seguiría de ella, nada se explicaría mediante ella. Con nada se vincularía en mi vida” (§ 117). Entonces, “¿no podríamos, tranquilamente, dejarlo dudar, puesto que ello no constituye diferencia alguna?” (§ 120). En los escritos de la transición caracterizaba a estas proposiciones como “ruedas que giran en el vacío” (*leerlaufende Räder*)¹⁷; todas estas expresiones ilustran claramente el punto de vista pragmático de la segunda filosofía de Wittgenstein.

En *Sobre la certeza*, donde se defiende una concepción del lenguaje basada en la relevancia de los comportamientos humanos naturales y en los usos y costumbres comunitarias, los criterios para la determinación del significado de las expresiones, y por tanto, para el reconocimiento de las expresiones superfluas, redundantes o absurdas tienen siempre que ver con la descripción de las circunstancias relevantes en las cuales las expresiones son usadas o pretenden serlo. Uno de los típicos razonamientos que se ofrecen en esta obra

es: “Es curioso: si digo, sin motivo especial, “yo sé”, porejemplo, “sé que ahora estoy sentado en una silla”, esta declaración me parece injustificada y presuntuosa (*ungerechtfertigt und anmassend*). Pero si formulo la misma declaración cuando hay alguna necesidad de ella, entonces, aunque no estoy ni un ápice más seguro de su verdad, me parece perfectamente justificada y ordinaria” (§ 553). Y continúa: “Dentro de su juego de lenguaje no es presuntuosa. Allí, no tiene una posición más elevada que, simplemente, la del juego de lenguaje humano. Pues ahí tiene su restringida aplicación. Pero tan pronto como digo esta oración fuera de su contexto (*Zusammenhang*), aparece bajo una luz falsa. Puesto que, entonces, es como si yo quisiera insistir en que hay cosas que *sé*. El mismo Dios nada puede decirme acerca de ellas” (§ 554).

Distintos términos son empleados alternativamente para señalar la imprescindible condición en la cual una aserción puede ser usada significativamente: *Zusammenhang* (contexto), *Hintergrund* (fondo), *Umgebund* (entorno, medio), *Umständen* (circunstancias). La formulación positiva de este punto de vista pragmático característica de esta obra es, por ejemplo: “...si se quisiera dar una regla aquí, entonces ella contendría la expresión “en circunstancias normales” (*unter normalen Umständen*). Y reconocemos las circunstancias normales, pero no podemos describirlas con precisión. A lo sumo; podemos describir una lista de aquellas que son anormales” (§ 27). Esta era para Wittgenstein una manera eficaz de evitar la tentación de emplear expresiones fuera de todo contexto atribuyéndoles, en consecuencia, un significado “asombroso”: “Existe siempre el peligro de querer encontrar un significado de la expresión en sí misma, y el estado de ánimo en el que se usa, en lugar de pensar siempre en la práctica. Por ello, uno se repite a sí mismo la expresión con tanta frecuencia, porque es como si se debiera ver lo que se está buscando en la expresión y en el sentimiento que provoca” (§ 601). No es difícil reconocer aquí la misma crítica a una concepción del significado errónea, típicamente filosófica, que la desarrollada en las *Investigaciones*.

Decíamos más arriba que también aquí se expone una concepción del lenguaje que amplía y radicaliza la de escritos anteriores. Algunos breves fragmentos la ilustran condensadamente: “El lenguaje no emergió de ninguna clase de raciocinio” (§ 475). “...¿Hay un por qué? ¿No debo comenzar a confiar en algún punto? Es decir: en algún punto debo comenzar no dudando. Y eso no es, por así decirlo, ‘precipitado pero excusable’, es parte del juzgar” (§ 150).

“Ahora bien, quisiera considerar esta certeza, no como algo semejante a la impaciencia o a la superficialidad, sino como una forma de vida.” (§ 358); “El conocimiento, en última instancia, está basado en la aceptación (*Annerkennung*)” (§ 378); “‘Estamos completamente seguros de ello’ no significa solamente que cada persona singular está segura de lo mismo, sino que pertenecemos a una comunidad vinculada por la ciencia y la educación” (§ 298); el juego de lenguaje “no se basa en fundamentos. No es razonable (o irrazonable). Está allí -como nuestra vida-” (§ 559); “...es nuestro *actuar* (*Handeln*) el que está en el fondo de nuestro juego de lenguaje” (§ 204).

Expondré a continuación tres ideas centrales que se desprenden de esta visión del lenguaje, específicamente en relación con el estatuto y rol de las proposiciones de creencia.

La primera, según la cual el lenguaje está basado en creencias que se aceptan sin fundamento, ligadas a las acciones y no a los pensamientos. Estas creencias son “certezas prácticas” que se expresan en proposiciones empíricas, pero que son, en realidad, reglas lógicas o proposiciones gramaticales disfrazadas.

La segunda, según la cual estas proposiciones forman un “sistema” o entramado de proposiciones que se apoyan entre sí y no una acumulación de aserciones aisladas.

Finalmente, que la distinción entre proposiciones gramaticales y proposiciones empíricas no es nítida ni estable. La relación entre ambas depende de su diferente función lógica, pero la función de cada una de las proposiciones (empírica o lógica) puede alterarse por diversas razones, entre ellas, por modificaciones en nuestro conocimiento acerca del mundo.

1. El lenguaje está basado en certezas prácticas

Las certezas en las que está basado el lenguaje son, en primer término, certezas ordinarias o comunes. Que son certezas se muestra por su condición de presupuestos para innumerables acciones (§ 414). En este sentido, están exentas de duda (§ 341), “están firmes” (§ 151), constituyen una “seguridad” (*Sicherheit*) (§ 511). Expresado subjetivamente, estas proposiciones son ciertas por nuestra actitud hacia ellas: “Evidencia segura es lo que *aceptamos* (*annehmen*) como incondicionalmente seguro, *actuando* con seguridad, actuando

sin duda alguna.” (§ 196). Como afirma von Wright, este cuerpo de certezas no constituye un pre-saber proposicional sino una *praxis*¹⁸: “Así es como se calcula. Calcular es *esto*. Lo que aprendemos en la escuela, por ejemplo. Olvida esta certeza trascendental, que está conectada con tu concepto de espíritu.” (§ 47) “Quiero decir” no es que en algunos asuntos los hombres sepan la verdad con perfecta certeza. No: la perfecta certeza es solo cuestión de su actitud (*Einstellung*) (§ 404). Podrían multiplicarse las referencias textuales que indican lo mismo, es decir, la peculiar función lógica de ciertas aserciones: “Quiero decir: proposiciones de la forma de proposiciones empíricas, y no sólo proposiciones de lógica, configuran el fundamento de todo operar con pensamientos (con lenguaje)” (§ 401).

De este modo se comprende la conexión entre estas proposiciones empíricas referidas a objetos materiales y las referidas a estados internos que denominó *Ausserungen*, expresiones o manifestaciones. Tienen en común una función lógica similar como conductas no aprendidas, naturales e inmediatas, que no transmiten pensamiento ni información y cuyo sentido no se comprende mediante criterios o evidencia independientes de la propia conducta y sus circunstancias. “Si digo: ‘Desde ya sé que esa es una toalla’ estoy manifestando una expresión (*Ausserung*). No albergo pensamiento alguno respecto de su verificación. Para mí se trata de una expresión inmediata. No pienso en el pasado o en el futuro... Es como apoderarse directamente de algo, así como tomo mi toalla, sin tener dudas” (§ 510). Estos rasgos permiten entender la función lógica o gramatical (no empírica o descriptiva) de proposiciones que tienen “la forma de proposiciones empíricas”: no son el “final” sino el “comienzo” del juego del lenguaje.

2. Las certezas forman un sistema

Como ya señalamos, las certezas no son una suma de proposiciones independientes entre sí. Un rasgo esencial de las creencias básicas es que constituyen un sistema, estructura o “armazon” (*Gerüst*) (§ 211)¹⁹. Aunque el sistema no puede ser descrito exhaustivamente -puesto que no está fijo- y no tiene un carácter explícito -constituye un “transfondo” que sólo se hace manifiesto ante circunstancias insólitas o inesperadas-, su importancia se muestra en el hecho de que otros usos del lenguaje lo presuponen. Este es el-

“peculiar rol lógico del sistema de nuestras proposiciones empíricas” (§ 136): es un “eje” que “no está fijo en el sentido de que algo lo sostiene, sino que el movimiento en su torno determina su inmovilidad” (§ 136). Aceptar una de estas proposiciones ordinarias es aceptar un estero sistema de evidencia. Igualmente, poner en duda una creencia es conmovier “ el sistema de nuestros juicios empíricos” (§ 137). En este rasgo holista descansa el argumento de Wittgenstein contra el escéptico en el sentido de que la duda radical es imposible, y que toda duda presupone certeza: “Nuestras dudas dependen del hecho de que algunas proposiciones estén exentas de duda, son como si fueran los goznes sobre los que ésta gira.” (§ 115).

Se ha denominado a estos sistemas “frameworks facts”²⁰, enfatizando la conexión entre proposiciones ciertas y otras acciones igualmente seguras donde no está comprometida ninguna acción lingüística.

Se ha señalado, asimismo, que este rasgo holista más el de la corregibilidad de las certezas asemeja la posición de Wittgenstein a la de Quine²¹. Como se sabe, en “Dos dogmas del empirismo” Quine mostró la insostenibilidad de la distinción analítico-sintético y defendió una concepción holista del significado, función de la cual sólo caben diferencias de grado entre proposiciones “ más firmes” (de más alto grado de centralidad) y “menos firmes” (más periféricas o de mayor contenido observacional). Veremos esto a continuación.

3 La distinción “gramatical-empírico” no es nítida ni estable

Wittgenstein expresa esta concepción en diferentes fragmentos: “...no hay límite definido entre proposiciones metodológicas y proposiciones dentro del método”(§ 318); “¿Pero, no tendría que decirse, entonces que no hay límite preciso entre proposiciones de lógica y proposiciones empíricas? La falta de precisión es la del límite entre *regla* y proposición empírica” (§ 319); “...cualquier proposición empírica puede ser transformada en un postulado y entonces se convierte en una norma de descripción” (§ 321); “Es claro que nuestras proposiciones empíricas no tienen todas el mismo status, puesto que es posible descartar una de esas proposiciones y trasladarla de proposición empírica a norma de descripción” (§ 167).

Con mayor claridad aun, las metáforas de lo “sólido” y lo “fluido” en los fragmentos 94 al 99, muestran la condición inestable del “cauce gramatical”

que conforma nuestra *figura del mundo* y la “fluidez” empírica. Esos fragmentos sintetizan la visión de *Sobre la certeza*:

“Pero yo no me procuré mi figura del mundo (*Weltbild*) porque me cerciorara de su corrección; ni la asumo porque esté convencido de su corrección. No: es el telón de fondo heredado contra el cual distingo entre lo verdadero y lo falso” (§ 94).

“Las proposiciones que describen esta figura del mundo podrían integrar una especie de mitología. Y su papel es como el de las reglas de un juego y el juego puede ser aprendido puramente en la práctica, sin aprender regla explícita alguna” (§ 95).

Sería posible imaginar que algunas proposiciones, de la forma de las proposiciones empíricas, se solidificaran y funcionaran como conductos para aquellas proposiciones empíricas que no estuvieran solidificadas sino fluidas; y que esta relación cambiara con el tiempo, en el sentido de que las proposiciones fluidas se solidificaran, y que las sólidas se volvieran fluidas” (§ 96).

“La mitología puede volver a un estado de fluidez, el lecho del río de los pensamientos puede cambiar. Pero yo distingo entre el movimiento de las aguas sobre el el lecho del río y el cambio del lecho mismo; aunque no hay división pronunciada del uno respecto del otro” (§ 97).

Pero si a alguien se le ocurriera decir: ‘Entonces la lógica es una ciencia empírica’, se equivocaría. Sin embargo esto es correcto: la misma proposición puede ser tratada una vez, como algo a verificar mediante la experiencia, otra vez, como una regla de verificación” (§ 98).

“Y la rivera de ese río consiste, en parte, en roca dura, no sujeta a alteración o sólo a una imperceptible, en arte, en arena, que ora en un lugar ora en otro, es arrastrada por el agua, o depositada” (§ 99).

Notas

¹ En “Wittgenstein on Certainty” G.H. von Wright destaca este rasgo. Insiste, asimismo, en la necesidad de no sobrevalorar las novedades que introduce este

escrito, y entender más bien que las mismas abren “nuevas perspectivas sobre su obra filosófica” (en *Wittgenstein*, pg. 177)

² “Defensa del sentido común”, en *Defensa del sentido común y otros ensayos*, pg. 70.

³ *Wittgenstein on Rules and Private Language*, pg. 64-70.

⁴ “Moore y el lenguaje ordinario”, incluido en Chappell, V.C. (ed.), *El lenguaje común*.

⁵ La expresión de Malcolm tiene resonancias wittgensteineanas, si se entiende “correcto” como “está en orden” (no necesita corrección para cumplir sus funciones), pero no si por “correcto” se entiende “verdadero” o “incorregible”.

⁶ Este es el juicio de J. Muguerza en “Del sentido común al lenguaje común: El lugar de G.E. Moore en la filosofía contemporánea”. Prólogo a G.E. Moore, *Defensa del sentido común...*, pg. 25.

⁷ *Sobre la certeza*, § 53.

⁸ *Ibid.*, § 137.

⁹ *Ibid.*, § 59.

¹⁰ *Ibid.*, § 538.

¹¹ *Zettel*, § 412.

¹² *Ibid.*, § 418.

¹³ *Sobre la certeza*, § 476.

¹⁴ *Ibid.*, § 279.

¹⁵ “Sobre escepticismo y certeza”, en *Wittgenstein*, pg. 190.

¹⁶ En adelante, salvo indicación en contrario, todas las referencias en el cuerpo del texto pertenecen a *Sobre la certeza*, indicándose solamente el número de párrafo solamente.

¹⁷ Cfr. *Philosophische Bemerkungen*, § 1, además de numerosos fragmentos de las notas de Waissmann.

¹⁸ *Op.cit.*, pg. 191

¹⁹ Las proposiciones lógicas del *Tractatus*, aunque eran independientes entre sí, tenían esa función de “andamiaje” para las proposiciones con sentido. Wittgenstein empleó entonces el mismo término, *Gerüst*, que en *Sobre la certeza*.

²⁰ LeRoy Finch, “Wittgenstein’s Last Word: Ordinary Certainty”, pp. 383-384

²¹ L. Hinman, L., “Can a Form of Life be Wrong?”, pp. 244-45.